



# La Parroquia de los Santos Angeles Custodios

Queridos Amigos,

Una mañana el timbre de mi casa sonó y cuando abrí, una anciana frágil apareció delante de mí. Pude ver que había tenido un derrame cerebral. Preguntó cuándo se abriría la iglesia, refiriéndose a Santa Luisa. Ella simplemente "quería que ir a la iglesia." Hablamos un poco y ella me contó sus dificultades tratando con el derrame cerebral y, aunque rezaba, parecía que Dios no la estaba escuchando. Hablamos un poco sobre la oración. Entonces, le dije que la parroquia estaba abierta para la misa en Santa Bárbara. Ella no tenía una computadora, así que no lo sabía, pero dijo que quería asistir la misa el próximo fin de semana y le di la información que necesitaba para registrarse. Cuando empezó a salir, la detuve, ofreciéndole la oportunidad de celebrar el Sacramento de la Unción de los Enfermos con ella. Ella aceptó con entusiasmo. Después de la celebración, se fue agradecida por nuestra visita. Yo también.

Cuando me senté a escribir esta carta, al principio pensé presentarles la reapertura paso a paso de nuestra parroquia. Todavía pienso que es importante que sepan todo lo que se tuvo que hacer para la reapertura. Sin embargo, la visita de esa mujer me hizo pensar. La mayoría de nosotros realmente queremos volver a misa. ¿Por qué nos urge reunirnos en la iglesia? Por seis meses hemos vivido sin la parroquia. Entonces, ¿por qué sentimos esta necesidad de hacer todo el trabajo que se necesita para reconstruir esta organización? ¿Por qué no seguimos adelante y dejamos que pase a la historia? Otros lo han hecho.

Los edificios de la parroquia, en particular las iglesias, tienen un lugar especial en nuestras vidas y esos rituales familiares parecen que nos hacen sentir mejor. ¿Pero por qué?

Nuestro impulso de volver a juntarnos en un edificio por una hora de ritos antiguos debe tener raíces más profundas que una rutina o que nos haga sentir bien. Sentimos la necesidad de unirnos porque *Cristo está presente en nuestras vidas, sólo cuando estamos juntos*. "Donde dos o tres se reúnen en mi nombre, yo estoy allí," dice Jesús en las Escrituras. Es el Espíritu Santo el que está detrás de la necesidad de hacer lo que sea necesario para poder sentarnos nuevamente con Cristo.

Un escritor espiritual que leí una vez escribió sobre la necesidad de profundizar en las cosas de nuestras vidas, para ir debajo de la superficie. Después de que la anciana se fue, comencé a cavar más profundo. Y se me ocurrió algo.

No son los rituales o los ritos antiguos. No es el espectáculo que a veces experimentamos. No es que nos sentimos mejor. Sino es Cristo Jesús. Esa es la tema principal de San Pablo que nos sigue martillando. Cristo es nuestra vida! ¿No es Cristo quien define lo que la vida significa para nosotros? ¿No tratamos de conducir nuestras vidas con lo que dijo? ¿Qué nos hace identificar ciertas acciones como "pecado"? ¿No es porque la "Palabra de Dios" nos dice? Entendemos nuestras vidas a través de él. Para nosotros, Cristo da sentido, propósito y esperanza para un futuro después de la muerte. Sin él estamos perdidos; la vida pierde su significado.

Nuestro anhelo de "volver a la iglesia" proviene de lo más profundo de nuestro interior. Sabemos que necesitamos a Cristo y podemos encontrarlo cuando los que creen en él se unen físicamente. Estoy seguro de que la señora que me visitó esa mañana no era teóloga y no tenía un doctorado en espiritualidad. Pero ella fue Cristo para mí. Ella sabía en su interior que tenía que juntarse con nosotros para entregar sus preocupaciones al Señor. Y ella me hizo examinar más sobre lo que se trata la "iglesia."

En la Misa escuchamos la "Palabra del Señor." San Juan comienza su Evangelio diciéndonos que Jesús es la "Palabra" Divina que eligió convertirse en uno de nosotros para enseñarnos cómo vivir. Y en el proceso de dar gracias a Dios por esa Palabra, el Espíritu cambia nuestra oferta de las necesidades de nuestra vida (comida y bebida) en el Cuerpo y la Sangre de Cristo que consumimos para darnos la fuerza para vivir lo que acabamos de escuchar en las lecturas. Puede que no seamos teólogos o eruditos de las Escrituras, puede que no sea gran orador el sacerdote ni el diácono, pero instintivamente (es decir, la acción del Espíritu Santo) todos sabemos que hemos escuchado a Cristo ("Palabra del Señor") y lo permitimos en nuestras vidas (comunión).

Eso es lo que faltaba la anciana. Necesitaba escuchar a Cristo y lo necesitaba en su vida ahora mismo para enfrentar a la realidad. ¿No lo necesitamos todos?

He oído y leído sobre personas que afirman haber sido visitadas por un ángel o incluso por el Señor mismo. Esa anciana frágil que tocó el timbre fue una de esas visitas. El Señor está entre nosotros. Pero tenemos que cavar más profundo para verlo.

*Fr. Denis*